

# ***EL PRI ANTES Y DESPUÉS DEL 2 DE JULIO: ENTRE LA RESISTENCIA Y LA RENOVACIÓN***

*Rosa María Mirón Lince*<sup>1</sup>

## **Resumen**

Se analiza cómo repercute sobre el Partido Revolucionario Institucional el tránsito de un sistema de partido hegemónico a un sistema de partidos competitivo. El análisis inicia con el proceso federal de 1988, a partir del cual comienza un crecimiento sostenido de la fuerza electoral de los partidos de oposición y rastrea la capacidad de respuesta del PRI frente a su paulatino retroceso como fuerza electoral. Evalúa las estrategias de ajuste de este partido a lo largo de los sexenios de Carlos Salinas y Ernesto Zedillo, con el propósito de arribar a hipótesis que expliquen las causas por las cuales perdió el PRI. Finalmente, concluye que el futuro del partido dependerá de la formulación de sus liderazgos internos y de su línea política, así como de la creación de nuevas reglas de funcionamiento y el diseño de una nueva relación con la sociedad.

## **Abstract**

The present work tries to find out the way in which the Institutional Revolutionary Party (PRI) has been influenced by the transition from an hegemonic to a competitive party system. The analysis begins with the electoral process at federal level in 1988, year in which the strenght as electoral forces of the opposition parties began to grow steadily. The author traces the path followed by the PRI in order to face this challenge. She also

<sup>1</sup> Agradezco a Víctor Hugo Martínez su apoyo en la elaboración de este texto.

evaluates the adjustment strategies of this party along Salinas's and Zedillo's administrations seeking to explain the causes of the official party's defeat on the last elections. She finally points out that the party's future depends on the readjustment of its internal leadership and politics, as well as on the creation of new procedural rules and a new way of relationship with society.

## Introducción

El paso de un sistema de partido hegemónico<sup>2</sup> a uno competitivo, supone cambios para los integrantes del sistema. El PAN y el PRD han experimentado los suyos, pero es en el PRI donde estos cambios han sido más significativos dada la posición hegemónica que este partido gozó durante mucho tiempo.

La vida política del país no puede entenderse sin el PRI. Su longevidad en el poder marcó el ritmo de la política nacional y de su propio funcionamiento partidista, en cuanto organización habituada a ejercer las posiciones dominantes. Toda organización desarrolla sus propias dinámicas, y las del PRI estuvieron determinadas por su ubicación privilegiada en el sistema de partidos. Pero este escenario ha cambiado, y son muchas las transformaciones que ello ha traído a la vida de ese partido.

En este artículo presento algunas reflexiones sobre la manera en que el PRI ha enfrentado las transformaciones a las cuales se ha visto sujeto. Daré aquí nombre y dimensión a esos cambios,<sup>3</sup> sirviéndome para

---

<sup>2</sup> En un sistema hegemónico no existe competencia oficial ni *de facto* por el poder. Los partidos opositores son partidos de segunda y no compiten con el partido hegemónico en términos antagónicos ni en pie de igualdad. No se contempla en este sistema la rotación de poder. Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, tomo 1, Madrid, Alianza Universidad, 1980, p. 276.

<sup>3</sup> El tema lo he abordado anteriormente en Rosa María Mirón Lince, "El PRI, ajustes internos y estrategias políticas 1994-1997: entre la resistencia y la renovación", *Cuadernos de Trabajo* núm. 16, "El PRI, ajustes internos y estrategias políticas 1994-1997", proyecto de investigación financiado por CONACyT, México, 1999.

ello de un contraste entre lo que ha sido la organización priísta antes y después de los desafíos ambientales que detonaron modificaciones en su reproducción interna.

Comienzo el análisis en 1988, año del despegue de la democratización mexicana.<sup>4</sup> Rastreo la capacidad de respuesta del PRI al cambio en el sistema de partidos, y realizo una evaluación de sus estrategias en los dos sexenios recientes para conservar el poder, que finalmente perdió el dos de julio pasado. La parte final del artículo aborda este suceso histórico y propone algunas hipótesis, a manera de conclusiones, sobre las causas del por qué perdió el PRI.

### **Crisis en la coalición dominante**

En 1988, el PRI sufrió la escisión de algunos de sus cuadros más prominentes. Ese año —teniendo como causa la coyuntura de la sucesión presidencial—, cuadros inconformes con la designación de Carlos Salinas de Gortari como candidato presidencial, rompieron con la organización. Una regla fundamental del priísmo fue así fracturada: la permanencia en el partido de los militantes desairados en sus pretensiones de ser designados como candidatos.

La disciplina priísta, que otrora hizo permanecer dentro del partido a todos sus militantes vía el reparto de incentivos que aseguraban la lealtad interna, en 1988 sufrió un relajamiento del cual le costaría recuperarse. A partir de entonces, las oportunidades de desarrollo político fuera del PRI se convirtieron en una posibilidad rentable para sus militantes. Ello minó la disciplina interna de este partido, celosamente fundada en la inexistencia de oportunidades externas.

La salida del PRI de Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo,

---

<sup>4</sup> Hasta 1988, el 1.62% de la población de los 2,419 municipios del país era gobernada por el PRI. A partir de entonces esa cifra comenzó a crecer hasta alcanzar, en mayo de 1999, el 46.46%. Alonso Lujambio, *El poder compartido. Un ensayo de la democratización mexicana*, México, Océano, 2000, p. 14.

---

Ifigenia Martínez, y otros destacados políticos, derivó en la creación de una propuesta opositora al Revolucionario Institucional. Un viejo problema —que para el PRI había significado en el pasado un déficit organizativo— volvió entonces a activarse: Juan Andrew Almazán en 1940, Ezequiel Padilla en 1946 y Miguel Henríquez Guzmán en 1952 habían seguido esa ruta.<sup>5</sup> Cerrada la posibilidad de escisión para sus militantes, el partido logró más adelante un alto grado de institucionalización y una fuerte disciplina organizativa.<sup>6</sup>

Sin embargo, a finales de los ochenta resurgió el problema, convertido ahora en el mayor reto electoral del partido en el poder: el Frente Democrático Nacional (FDN) fue un amenazante adversario político del PRI en las elecciones de 1988.

El FDN quebrantó el esquema de funcionamiento priísta. Aunque —ciertamente— no fueron factores de aparición súbita o espontánea los que dieron al traste con ese modelo; sus antecedentes deben ubicarse más atrás.

Los problemas organizativos del PRI han sido ubicados por algunos analistas en el inicio del sexenio de Luis Echeverría (LEA)<sup>7</sup> —comprometido con la promesa de una “apertura política”—, quien fue el primer presidente que forjó sus propios cuadros administrativos, en perjuicio de los privilegios del PRI. LEA colmó su gestión de universitarios, académicos

<sup>5</sup> Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucionalizada. La formación del nuevo Estado (1928-1945)*, México, Siglo XXI, 1982.

<sup>6</sup> En ese cierre de oportunidades fue determinante la promulgación de la Ley Electoral de 1946 que prohibió candidaturas independientes a la presidencia. Todos los candidatos debían ser postulados por un partido político nacional que cumpliera con los requisitos de la legislación. El margen de posibilidades para los disidentes priístas fue así drásticamente limitado. Permanecer en el PRI, suscribiendo su disciplina y acatando las restricciones estructurales a la disidencia, resultó ser la opción más racional.

<sup>7</sup> Miguel Ángel Granados Chapa, “Elecciones de Gobernadores”, en Pablo González Casanova, *Las elecciones en México. Evolución y perspectivas*, México, Siglo XXI, 1985; Jorge Alonso et al., *El nuevo Estado mexicano*, tomo 2: “Estado y política”, México, Nueva Imagen, Ciesas, Universidad de Guadalajara, 1992; Manuel Villa, *Los años furiosos: 1994-1995. La Reforma del Estado y el futuro de México*, México, FLACSO, Porrúa, 1996.

cos y técnicos con poca relación con el partido. Más adelante, en tiempos de José López Portillo, tiempos de la reforma política de 1977, el PRI vio acentuarse la devaluación de su jerarquía.<sup>8</sup>

Así, dos presidentes antes que Miguel de la Madrid Hurtado (MMH) pusieron en un dilema la lealtad partidista hacia su líder auténtico. El cambio estructural económico que MMH habría de instrumentar, también ponía en jaque esa lealtad. La inserción de México en el GATT en 1986 y la posterior firma del Tratado de Libre Comercio en 1994, determinaron en buena medida el cambio de las personalidades políticas encargadas de dirigir el país. La clase política<sup>9</sup> mexicana experimentó un brusco relevo en perjuicio de los cuadros tradicionales del PRI.

Miguel de la Madrid colmó la coalición dominante de cuadros técnicos: los llamados “tecnócratas” con racionalidad administrativa, y que provenían de posgrados del extranjero y carentes de una militancia partidista arraigada. Los puestos principales del gobierno delamadridista fueron ocupados por sus compañeros de la Secretaría de Programación y Presupuesto, que él previamente encabezó.

“Los hombres del presidente”<sup>10</sup> y no el partido, tradicional forjador de los funcionarios y burócratas federales, fueron la instancia desde donde se conformó la élite en el poder, protagonizando un quiebre con consecuencias organizativas para el PRI. Una generación entera de políticos priistas, creyentes de la disciplina tricolor, fue desplazada sin incentivos que compensaran su marginación.

Lo anterior abrió en el seno del partido oficial un conflicto organizativo, protagonizado por el recelo y la competencia entre la élite técnica

<sup>8</sup> Jacqueline Peschard, “El PRI: un partido a la defensiva”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, vol. XLVI, México, UNAM, abril-junio, 1984, pp. 59-74; Juan Reyes del Campillo, *Modernización política en México: elecciones, partidos y representación (1982-1994)*, México, UAM, 1996; Jorge Alonso, *ibid.*

<sup>9</sup> Sobre este concepto un texto muy sugerente es Klaus von Beyme, *La clase política en el Estado de partidos*, Madrid, Alianza Universidad, 1995.

<sup>10</sup> Sobre el perfil de los técnicos que llegaron con MMH al poder, Rogelio Hernández, “Los hombres del presidente De la Madrid”, en *Foro Internacional*, núm. 126, México, El Colegio de México, julio-septiembre de 1987, pp. 5-38.

ca cercana al presidente y los políticos tradicionales, cuya lealtad al titular del Ejecutivo entró en un proceso de confusión. Los políticos tradicionales —habituados a obedecer la voluntad del presidente— comenzaron a encontrar inconvenientes sus decisiones en cuanto éstas los excluían de las posiciones directivas.

La exclusión que el PRI sufrió, si bien no terminó con su lealtad institucional al presidente, sí continuó bregando en su contra, erosionando uno de los pilares organizativos del partido. Este es un dato que juega un papel importante en la pretendida democratización del partido.

La marginación que sufrió el Revolucionario Institucional por parte del presidente de la República, dio muestras de desarticulación entre estas dos instancias. El presidente era el líder del partido, y éste obedecía las líneas dictadas por aquél. Ese liderazgo, empero, se basaba en un mínimo de reciprocidad que garantizaba la armonía: el presidente seleccionaba dentro del PRI los cuadros con los que gobernaría.<sup>11</sup>

Los priístas, conscientes de esa dinámica, obedecían los principios disciplinarios del partido. Entre éstos, la obediencia a la figura presidencial ocupaba un lugar destacado. El presidente era el máximo dirigente del PRI, y su conducción partidista así como su política económica, no se cuestionaban, rezaba el código priísta de disciplina, basado en reglas no escritas de convivencia.<sup>12</sup>

Pero en 1988 ese código ya no fue más refrendado. Las protestas de Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, militantes distinguidos cuyas voces no podían ser desoídas por el PRI, pusieron en tela de juicio el liderazgo del presidente.

<sup>11</sup> El poder en el tricolor, a la usanza de lo escrito por Angelo Panebianco, estuvo definido por una relación asimétrica, pero recíproca, donde un actor (el presidente) gana más que el otro, pero tiene que satisfacer, al menos en parte, las exigencias y expectativas de los otros (los militantes del PRI). El poder en el PRI no ha sido una propiedad absoluta del Presidente, quien debió avenirse a negociaciones con el partido para conservar su legitimidad, fundada en una eficiente distribución de incentivos organizativos. Angelo Panebianco, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Universidad, 1982, pp. 63-69.

<sup>12</sup> "La organización de los partidos descansa esencialmente en prácticas y costumbres no escritas; es casi enteramente consuetudinaria". Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, México, FCE, 1957, p. 12.

Dos modificaciones nodales plantearon los disidentes: la de la política económica y la del ritual de la sucesión,<sup>13</sup> el cual —según ellos— ameritaba una consulta entre las bases a fin de escoger el candidato presidencial.<sup>14</sup> Menospreciadas sus propuestas, Cárdenas y Muñoz Ledo salieron del PRI, rompiendo una regla informal que no había sido violentada desde 1952.<sup>15</sup>

Los resultados electorales de 1988 fueron el correlato de la crisis del PRI, toda vez que esa votación apenas le concedió el 50% de las preferencias, cifra precaria con respecto a los porcentajes históricos del partido. A partir de entonces, muchos de los problemas latentes de la organización priísta se manifestaron. Cuestionada la propia ascendencia del presidente dentro del PRI, el partido enfrentó distintos retos a su estabilidad.

### **Los tiempos de Carlos Salinas**

El triunfo electoral de Carlos Salinas de Gortari, en lo que al PRI refiere, implicó seguir excluido de las esferas de decisión. Prototipo del tecnócrata adueñado de los espacios políticos, Salinas colmó la coalición dominante de cuadros fieles a su persona y política.

<sup>13</sup> Larissa Adler Lomnitz y Frida Gorbach, "Entre la continuidad y el cambio: el ritual de la sucesión presidencial", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, año LX, México, UNAM, julio-septiembre, 1998, pp. 61-83.

<sup>14</sup> En 1987, como respuesta a la demanda de participación interna de la Corriente Democrática, el PRI innovó un método de selección de su candidato a la presidencia. Seis distinguidos priístas fueron invitados a comparecer ante la dirigencia nacional para exponer sus pretensiones presidenciales. El experimento, no obstante, pronto dio muestras de ser una cortina de humo tras de la cual se pretendería escamotear el verdadero proceso de selección, otra vez en manos del Presidente. Este insuficiente esfuerzo, al cual no fue invitado Cuauhtémoc Cárdenas, aspirante presidencial de la Corriente Democrática, y del cual salió victorioso Carlos Salinas de Gortari, terminó por cerrar las puertas del PRI a la disidencia organizada.

<sup>15</sup> Luis Javier Garrido, *La ruptura. La Corriente Democrática del PRI*, México, Grijalbo, 1993.

El ajuste estructural del Estado significó un golpe a las formas priístas de representación. Los cuestionamientos que acompañaron el ascenso de Salinas de Gortari a la presidencia, determinaron la crisis de la representación corporativa. Los puestos de representación política no podrían ser más fruto del sistema de reparto de cuotas con el que PRI copaba esas posiciones.

Los candidatos electos, aseguró el presidente, debían gozar de legitimidad entre sus votantes. El PRI debería modernizarse y estar en condiciones de postular candidatos populares. En el fondo del asunto, lo que subyacía era una dualidad insalvable: la incompatibilidad de la racionalidad económica impuesta, con el acostumbrado sistema corporativo anclado en dispendios y prebendas.

Una manera de restar terreno a las formas tradicionales del PRI fue la puesta en marcha del Programa Nacional de Solidaridad, directamente instrumentado por la presidencia en perjuicio del campo de acción que tradicionalmente había pertenecido al partido. El reparto de bienes y recursos a la comunidad no fue más realizado por los sectores del tricolor.

El presidente y los Comités de Solidaridad<sup>16</sup> creados ex-profeso, conformados también por elementos de pobre y exigua militancia, fueron los encargados de suplantar al PRI en estas funciones. El desplazamiento —al que el partido fue sometido—, así como el estilo presidencial de Carlos Salinas, despertó inconformidades entre los priístas tradicionales, principalmente en los gobernadores, que fueron desplazados de su función de control social al impulsar PRONASOL un intercambio directo entre el gobierno federal y los grupos interesados en recibir los recursos ofrecidos.

Desde el momento mismo de su asunción, Carlos Salinas de Gortari anunció la muerte del partido “prácticamente único”. La democracia pro-

---

<sup>16</sup> Apoyado en los miles de comités creados, se rumoró entonces, el presidente pensaría en crear un nuevo partido (Partido de la Solidaridad Nacional) libre de la estructura corporativa del PRI. La devaluación del partido oficial, sujeto y maltratado por Salinas, fue una característica del sexenio.

metida no tendría, empero, ningún valor en tanto los partidos de oposición no ocuparan mayores posiciones de poder.

La victoria del PAN en las elecciones para gobernador en Baja California (1989), apareció como una muestra de los aires democratizadores de la presidencia.<sup>17</sup> El desconocimiento por parte de Salinas de los privilegios monopólicos del PRI al nivel de las gubernaturas, concitó la molestia del partido. Las pretensiones modernizadoras de Salinas de Gortari, sin duda, chocaban directamente con las costumbres y prácticas priístas.<sup>18</sup>

La discrepancia de opiniones entre el presidente y su partido fue evidente en la XIV Asamblea Nacional. Los cónclaves priístas, históricamente escenarios de sometimiento del partido al presidente, a partir de 1990 tomaron un matiz diferente. El partido —percibiendo sus áreas de influencia amenazadas por el cambio organizativo anunciado por Salinas— protagonizó en la XIV Asamblea una suerte de extrañamiento hacia el titular del Ejecutivo, quien interesado en concretar su proyecto de modernización partidaria, promovió la estructura territorial del PRI, con el consecuente agravio a sus sectores anquilosados.

Una organización cambia siempre de manera lenta y gradual.<sup>19</sup> El PRI, entendido con una dinámica consolidada a lo largo de muchos años,

<sup>17</sup> Con Acción Nacional, Salinas desarrolló una estrategia de negociación, muy distinta al enfrentamiento directo que tuvo con el PRD. Para el PAN, Soledad Loaeza, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, México, FCE, 1999. Para el PRD, Marco Aurelio Sánchez, *PRD. La élite en crisis. Problemas organizativos, indeterminación ideológica y diferencias programáticas*, México, Plaza y Valdés.

<sup>18</sup> Las diferencias más importantes entre el presidente y el partido fueron motivadas por la política de concertaciones de Salinas, merced a la cual, por ejemplo, el PRI de Guanajuato hubo de ceder la gubernatura a un panista que no fue candidato en las elecciones (Carlos Medina Plascencia). Este tipo de prácticas fueron comunes en el sexenio y reflejaron la devaluación del PRI en cuanto organización habituada a recibir un trato preferencial por parte del Jefe del Ejecutivo. Sobre el caso Guanajuato, Ricardo Alemán Alemán, *Guanajuato: espejismo electoral*, México, La Jornada Ediciones, 1993.

<sup>19</sup> Sobre el cambio en las organizaciones y sus reglas, Douglas North, *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, México, FCE, 1993.

y en función siempre del dominio del poder, comenzó a experimentar desde 1990 un cambio dificultoso y contradictorio. La dirección sugerida por el presidente no era la preferida por el partido y sus cuadros tradicionales. Ello pudo verse en 1994, año de la sucesión presidencial.

La desarticulación entre la coalición dominante y la base partidista, dio relevancia dentro del PRI a la selección del candidato a la presidencia. Carlos Salinas de Gortari, podía preverse, apostaría por un candidato afín a su política y estilo, garantizando la continuidad de su proyecto. La selección de Luis Donaldo Colosio respondió a esa intención.

Colosio Murrieta, último candidato priísta escogido a la manera tradicional, suscitó tensiones e intereses encontrados dentro del PRI, profundizando no sólo la distancia entre éste y el titular del Ejecutivo, sino incluso provocando una ruptura en el seno de la clase política.<sup>20</sup> La organización del PRI, que en tiempos de Salinas logró una recuperación electoral sorprendente, no había sido forzada a un verdadero cambio estructural. Los problemas que la coyuntura sucesoria despertó fueron una prueba de ello.

El asesinato de Luis Donaldo Colosio fue parte del desequilibrio priísta, agravado por las rivalidades crecientes en el interior de la clase política. La descomposición fue entonces inocultable: el partido que funcionara como un sistema encapsulado, en el que sus militantes dirimían sus diferencias en sigilo y discreción, fue perdiendo opacidad y la vieja caja negra fue haciéndose transparente.

Fruto de su dependencia con el presidente, el PRI sufrió una incapacidad estructural para proponer o defender a algún candidato representativo de sus intereses.<sup>21</sup> Sus propias reglas informales, su cultura organizativa subordinada al titular del Ejecutivo y la dramática coyuntu-

---

<sup>20</sup> Manuel Camacho Solís, inconforme por su marginación de la sucesión presidencial, protagonizaría posteriormente otra escisión priísta. Véase Unidad de Análisis Prospectivo El Financiero, *Sucesión pactada. La ingeniería política del salinismo*, México, Plaza y Valdés, 1993.

<sup>21</sup> Las pretensiones de las bases priístas por asignar la candidatura vacante a Fernando Ortiz Arana, entonces dirigente del CEN del PRI, fueron rápidamente disueltas por Carlos Salinas.

ra en que se dio la decisión, llevaron al PRI a la postulación de un candidato presidencial que no parecía serlo.

### **Los tiempos de Ernesto Zedillo**

En tiempos de Ernesto Zedillo, los cambios organizativos dentro del PRI fueron imposibles de postergar. La relación inicial que Zedillo planteó a su partido, la “sana distancia”, contribuyó en mucho a que distintas fuerzas priístas cobraran márgenes de autonomización en detrimento del liderazgo presidencial.

Fueron los tiempos en que el partido enfrentó problemas organizativos muy claros que lo rebasaron; sus conflictos ya no eran resueltos de manera discreta en su propio seno. Empezaron a emerger pugnas por el liderazgo del partido, enfrentamientos entre la periferia y el centro priísta, desafíos ambientales, y conflictivos procesos de selección de candidatos, entre otros. En suma, el desdibujamiento gradual de las líneas de autoridad interna, y el no consenso sobre el funcionamiento organizativo, reveló en el PRI la existencia de un proceso de desinstitucionalización.

Reconociendo el manejo arbitrario que su predecesor hizo del PRI, Zedillo propuso a éste un esquema de relación en que la autonomía del partido recayera en su propia estructura.<sup>22</sup> El tricolor, acostumbrado a obedecer la “línea” del presidente, protestó por el abandono al que la “sana distancia” lo confinaba.

El poder organizativo que Ernesto Zedillo liberó fue apropiado estratégicamente por los gobernadores, quienes desde la XIV Asamblea y junto a las bases corporativas, hicieron saber al PRI nacional que el cambio partidario no sería facultad exclusiva de la coalición dominante. El

---

<sup>22</sup> La reforma del partido anunciada por Zedillo fue encargada a la Comisión Nacional de Ideología, presidida por Jesús Reyes Heróles. Fruto del trabajo de esta comisión fue el libro *La reforma del PRI y el cambio democrático*, auspiciado por la Fundación Mexicana Cambio XXI-Luis Donaldo Colosio, México, Limusa, 1994.

presidencialismo de Ernesto Zedillo, acotado por la mayor democratización de la sociedad mexicana, tuvo dentro del partido una restricción paralela.

Años atrás, el liderazgo presidencial dentro del PRI había logrado consolidarse basado en la hegemonía electoral, en el funcionamiento corporativo y en una relación consensada y legitimada entre el centro y las regiones priístas. Esta institucionalización, puesta a prueba a partir de 1988, comenzó a erosionarse con el creciente poder de los gobernadores, una vez que el liderazgo presidencial perdió su capacidad como árbitro inapelable en las contiendas internas. A los priístas —enfrentados a una situación donde el capital político del partido no alcanzaba para garantizar los triunfos electorales— dejó de serles indiferente la voluntad del titular del Ejecutivo para designar candidatos a cargos de representación popular. La otrora institucionalización, en efecto, entró en desgaste.

Prueba de ello fue la rebeldía del PRI tabasqueño frente a la dirección de Ernesto Zedillo. Cuando la dirigencia nacional sugirió la eventual renuncia de Roberto Madrazo Pintado a la gubernatura de Tabasco, el PRI de aquella región, instado por el propio gobernador, dejó claro al presidente su rechazo a cualquier injerencia nacional que favoreciera a la oposición. El partido en Tabasco dijo “no” al titular de Ejecutivo, dando muestra de la evolución del PRI estatal, tan golpeado en el sexenio salinista.

La lógica del conflicto siguió y las muestras de no aceptación incondicional de los dictados del centro fueron frecuentes. El PRI en los estados, en no pocas ocasiones, reflejó una estrategia antagónica al de su instancia nacional. La transformación del partido pareció entonces venir desde sus regiones, toda vez que la conducción zedillista no atinaba a montarse sobre ella. Las fricciones internas en el PRI fueron evidentes en tiempos de Ernesto Zedillo, cuando el capital político del partido comenzó a decrecer.

Dichas fricciones tuvieron su punto de mayor intensidad en lo referido a la selección de los candidatos a puestos de representación popular. En este tema, la debilidad del liderazgo de Ernesto Zedillo; los conflictos surgidos entre el PRI nacional y los “PRI” estatales; los desafíos

---

ambientales y la capacidad de adaptación del partido a ellos; el poder de los gobernadores, así como otros factores específicos de cada entidad y proceso, entraron en un punto de ebullición que desgastó la organización priísta y la condicionó a plantearse ajustes en los métodos para la selección de sus candidatos.

Es aquí donde se abrió para el PRI la posibilidad de llevar a cabo su propia recomposición, y donde la organización fue tensada por dos fuerzas opuestas: la promoción democrática dentro del partido, y la resistencia de éste a renovarse. Una herencia autoritaria entró en conflicto con la necesidad de actualizar las formas organizativas del partido.

### **Los ajustes internos y las estrategias políticas**

En los años recientes, el PRI ha vivido la destrucción de sus propios mitos. Habiendo caído sus márgenes de votación en 1988, el partido, de la mano de un presidencialismo que agotó el viejo sistema de reproducción partidaria, recupera parte de su porcentaje electoral en los procesos comiciales de los años 1991 y 1994. Entonces se creyó que el manejo eficiente de la economía, reflejado en los índices macroeconómicos, había resarcido la molestia ciudadana con el PRI, y la reforma de éste quedó postergada.

Sin embargo, el mito de la estabilidad social y económica no resistió los sucesos de 1994, en los que la aparición de una guerrilla indígena (EZLN) y una crisis económica, provocaron el desprestigio del régimen salinista. Para 1995, la oposición continuó ganando terreno<sup>23</sup> y la inestabilidad del PRI se hacía evidente. Estas circunstancias marcaron los procedimientos de selección de candidatos.

En efecto, la selección de candidatos priístas de manera arbitraria por el presidente era ya una estrategia inviable dados los pésimos resultados que trajo al priísmo. El liderazgo de Ernesto Zedillo no conseguía

---

<sup>23</sup> En ese año el PAN ganó la gubernatura de Jalisco.

aglutinar al PRI en torno a una decisión autoritaria. Los experimentos democráticos en esa dirección, fallidos en la era salinista, debían activarse de nuevo, toda vez que para el PRI fue evidente la capacidad de la oposición para derrotarlo en elecciones. Los candidatos del PRI deberían tener condiciones suficientes para ganar. Ello puso sobre la mesa el conflicto entre los candidatos provenientes del centro y los candidatos originarios de las regiones en competencia electoral.

La autonomía parcialmente cobrada por el PRI a partir de la XIV Asamblea, inclinó la balanza a favor de nuevos métodos de selección de candidatos, donde los aspirantes regionales tendrían mayores posibilidades de derrotar a los candidatos del centro, comúnmente favorecidos por candidaturas de unidad. La participación de delegados nacionales en las contiendas regionales, igualmente, fue un punto de conflicto, una vez que las estructuras estatales reclamaron el manejo de las campañas regionales.

Los desafíos de una coyuntura novedosa, donde la oposición —en crecimiento constante— demandaba nuevas reglas de competencia, hicieron impostergable para el Partido Revolucionario Institucional la actualización de sus normas internas de competencia. El destino de la política nacional no se resolvería más en el seno de este partido, y la competencia por sus candidaturas no era ya menor ni tampoco dependiente de la voluntad presidencial.

El discurso de la “sana distancia” y la actitud mostrada por Zedillo, en cuanto al desinterés por nombrar candidatos, alentó las pugnas entre los grupos y los sectores priístas por conseguir las candidaturas. Poder solventar este potencial riesgo de fractura implicaba medidas que trascendieran los anquilosados métodos de designación, en cuanto éstos no alcanzaban a contener la demanda de participación de las bases. Es entonces cuando el PRI —de una manera más ambivalente que homogénea— se plantea el recurso de la consulta a las bases para arropar a sus candidatos de legitimidad.

Los experimentos democratizadores en el PRI —como era de esperarse— produjeron reacciones encontradas. La creencia de algunos militantes en las viejas formas de organización —los llamados *duros* por la

---

literatura transicionista—<sup>24</sup> persistió aún después de la derrota electoral de 1997, cuando el PRI perdió la mayoría en la Cámara de Diputados, como consecuencia de su precaria adaptación a las nuevas condiciones de competencia promovidas por la reforma del COFIPE en 1996.<sup>25</sup> El desafío ambiental de ese año afectó el centro mismo de la organización priísta. Los cambios en el entorno fueron un detonante de la recomposición interna, y los ensayos de renovación fueron emprendidos con mayor apuro y convencimiento.

De hecho, ya desde la XVII Asamblea Nacional del PRI, realizada poco antes, en septiembre de 1996, quedó manifiesta la convulsión organizativa de este partido. Sus bases, alentadas por la influencia y conducción de los gobernadores, conquistaron en esa ocasión un triunfo estratégico frente a la coalición dominante.

Para los precandidatos priístas a puestos de elección fueron impuestos candados de elegibilidad para acotar las posibilidades de la élite tecnócrata. El liderazgo de Ernesto Zedillo sufrió entonces un duro golpe: sus posibles sucesores quedaron estatutariamente imposibilitados de ser promovidos por el jefe del Ejecutivo. Las mismas restricciones fueron impuestas para el caso de los precandidatos a gobernadores.

La autonomía del PRI de cara al presidente, gozó entonces de mayores márgenes. Las elecciones internas para designar candidatos gubernamentales en 1997 y 1998 fueron un reflejo de esto, así como de las tensiones que ello traería aparejado. Las reacciones del PRI a las nuevas reglas del juego fueron distintas y discrepantes entre sí.

La elección interna del PRI en el Distrito Federal y en Querétaro en 1997, y la efectuada en Tlaxcala en 1998, están cruzadas por la persistencia de rasgos tradicionales que imposibilitaron al PRI una adecuada adaptación a la competencia. Las consecuencias de este déficit organizativo fueron predecibles: el PRI perdió las elecciones en esas tres

---

<sup>24</sup> Guillermo O'Donnell, P. Schmitter y L. Whitehead, *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Argentina, Paidós, 1989.

<sup>25</sup> Ricardo Becerra, Pedro Salazar y José Woldenberg, *La reforma electoral de 1996. Una descripción general*, México, FCE, 1997.

contiendas. Imposibilitado por sus propios mecanismos internos, y por el peso de sus características organizativas poco democráticas, el PRI no fue favorecido por el voto popular en ninguna de las tres entidades.

En el Distrito Federal, una candidatura y una campaña tradicional determinaron la debacle priísta. No obstante la práctica de primarias que el PRI realizó, José Antonio González Fernández y Manuel Jiménez Guzmán nunca fueron competidores suficientemente sólidos frente al apoyo de la estructura nacional para Alfredo del Mazo.

Querétaro y Tlaxcala, fueron parte del mismo tropiezo. Alentada la competencia partidista en esas entidades, el PRI resolvió de manera equivocada sus procesos de selección interna. Candidatos impuestos desde el centro, en contra de los intereses de las bases estatales, reprodujeron ahí la derrota de 1997. Ambos casos, además, estuvieron definidos por la salida de los priístas que no aceptaron la línea de la dirección nacional.<sup>26</sup>

La consulta a las bases desarrollada en el Distrito Federal, Querétaro y Tlaxcala, debido a lo cuestionado de los procesos, influyó en los descabros electorales del Revolucionario Institucional y evidenció la inexistencia dentro del partido de mecanismos institucionales, que pudieran hacer permanecer dentro de él a los precandidatos perdedores. El caso Zacatecas, donde el priísta Ricardo Monreal marchó a la oposición para ganar los comicios con la estructura y los votos del PRI, abona en el mismo sentido.

La selección de candidatos a gobernador a través de la consulta a las bases, tuvo en otros estados saldos positivos. Un repaso de éstos puede darnos pautas para especular sobre los factores que permitieron un experimento exitoso. En Chihuahua, Puebla, Sinaloa, Veracruz, Durango, Oaxaca y Tamaulipas, el PRI ganó las elecciones gubernamentales

---

<sup>26</sup> En Querétaro la candidatura de Fernando Ortiz Arana fue verticalmente impuesta, lo que motivó la salida de uno de los precandidatos a la candidatura: José Ortiz Arana (hermano del precandidato favorecido) quien contendió por el PFCRN. La derrota del PRI, empero, fue a manos del PAN. En Tlaxcala, por su parte, la disidencia corrió por cuenta del precandidato marginado por el centro, Alfonso Sánchez Anaya, quien aglutinó en torno a sí una coalición opositora que dio al traste con la hegemonía del PRI en ese estado. El dominio priísta en esa entidad fue reemplazado por el del PRD.

habiendo instrumentado una elección interna para designar a sus abanderados.

En 1999, el PRI conquistó importantes triunfos, donde destacan las gubernaturas de Guerrero, Estado de México, Hidalgo, Quintana Roo y Coahuila, aunque perdió Nayarit y Baja California. Para 2000, el tricolor resultó triunfador en los comicios intermedios de Veracruz y de gobernador en Tabasco, al tiempo que sufrió descabros en Chiapas, Distrito Federal, Jalisco, Guanajuato y Morelos.

Los procesos locales, reflejo de los ajustes y las estrategias políticas del priísmo, pueden ser explicados con base en el concurso, por lo menos, de tres factores presentes en ellos:

a) La disminución de la influencia del presidente en la designación de los candidatos del PRI;

b) La incidencia determinante de los gobernadores, lo que limitó las posibilidades del centro priísta para influir en estos procesos;

c) La estrecha relación entre la victoria de los candidatos priístas con su trayectoria local; la preeminencia de lo local desplazó a los candidatos del CEN y el partido tuvo la posibilidad de proponer candidatos populares.

La consolidación de las estructuras y élites estatales transforma la fisonomía organizativa del PRI. Una vez que los “candados” fueron impuestos y defendidos por la base militante, Zedillo se vio imposibilitado para imponer a su sucesor. La reestructuración priísta precisó entonces de un método novedoso para elegir a su candidato presidencial al 2000. Las primarias internas de noviembre de 1999 fueron ese instrumento, y el punto culminante de los ajustes internos y las estrategias políticas del PRI para conservar el poder.

### **Las primarias**

En 1999 el tema de la sucesión presidencial privó en el PRI. Reglas

claras y equitativas, lo mismo que una intervención limitada y no decisiva, fueron en este tema las demandas del partido a Ernesto Zedillo. El presidente, condicionado por los “candados”, tuvo que mirar al PRI y no a sus funcionarios más cercanos en busca de su sucesor, como consecuencia justamente de los requisitos de elegibilidad defendidos por el partido.

El establecimiento de un proceso democrático directo significó la puesta en escena de un procedimiento innovador, muy superior a aquella “pasarela” de precandidatos con la que el PRI en 1987, sin poder evitar la indisciplina y ruptura de la Corriente Democrática, escogió como su candidato a la presidencia a Carlos Salinas. Las condiciones, el transcurso y el producto de las primarias de 1999 nada tuvieron que ver con el proceso interno de aquel año.

La creación de una Comisión Nacional para el Desarrollo del Proceso Interno fue muestra del rigor con el que fueron definidas las reglas competitivas. Tiempos y topes para las campañas, celebración de debates entre los precandidatos y motivos de sanciones para los contendientes, también fueron reglamentados. No serían —sin embargo— estas medidas las que conjuraron el riesgo de una fractura en el PRI. Superados los viejos condicionamientos estructurales de la disciplina interna, el PRI saldría de sus primarias exento de resquebrajamientos gracias a otro factor, tanto o más condicionante de disciplina que aquéllos.

La disciplina priísta tuvo en el ambiente hegemónico su más conocido resorte. En ese contexto —garantizada la certeza del triunfo— los priístas se avinieron a una organización no democrática donde las candidaturas eran decididas por el presidente. La crisis del partido por el reto ambiental de 1997, suscitó en éste un reclamo democrático que se entrelazó con el deterioro presidencialista de Ernesto Zedillo.

Limitadas sus facultades metaconstitucionales,<sup>27</sup> el presidente hubo de renunciar en 1999 a la designación de su sucesor. La nueva situación, donde el PRI tenía la capacidad de vetar a candidatos tecnócratas y el presidente la imposibilidad de sujetar al partido a una decisión uniper-

---

<sup>27</sup> Jorge Carpizo, *El presidencialismo mexicano*, México, Siglo XXI, 1978.

sonal, produjo empero la elección de un candidato presidencial sin divisiones mayores. Y no fueron restricciones estructurales inexistentes para ese entonces, sino la cultura organizativa la que cohesionó al partido durante su proceso interno.

La cultura priísta es un asunto poco investigado. No obstante, la interiorización que los militantes del PRI hicieron de las pautas organizativas y reglas informales de su partido, parece ser un factor que mantuvo la cohesión del tricolor a fines de 1999. Los militantes del PRI, herederos de una tradición organizativa definida sustancialmente por la disciplina, estuvieron en capacidad de interpretar correctamente las acciones e intenciones de sus colegas partidarios. Valores y códigos fueron compartidos en un partido institucionalizado, donde todos jugaban a lo mismo y ello reducía la incertidumbre. El peso organizativo de ello, y la cultura conservadora frente a la preeminencia presidencial en este proceso, fueron los soportes sobre los que el PRI basó su “democratización”.

El señalamiento que Roque Villanueva, Roberto Madrazo y Manuel Bartlett, hicieron de Francisco Labastida como el candidato oficial, en mucho coadyuvó a la centralización de fuerzas priístas a favor de Labastida. Éste seguramente era el aspirante predilecto de Zedillo, aunque otro hubiera sido su candidato de haber podido escoger a su sucesor el jefe del Ejecutivo. Las críticas a Labastida por parte de sus contrincantes, ayudaron al partido a descifrar la “línea” que el presidente pareció regatearles.

En un ambiente que se tornó hostil para el PRI —donde la supervivencia misma del partido fue puesta en duda— operó la reconcentración interna que Panebianco<sup>28</sup> prevé en una organización sujeta a tales turbulencias ambientales. Fungiendo el entorno como detonante de este efecto, el PRI cerró sus filas en torno al precandidato que mejor representó los valores de la cultura priísta. Una cultura organizacional muy arraigada sustituyó la “cargada” otrora alentada por el presidente. Valores y códigos compartidos, en ese sentido, reemplazaron, decodificando e interpretando, las órdenes presidenciales.

<sup>28</sup> *Op. cit.*

Los diez millones de votos que el PRI obtuvo en sus primarias, no sólo otorgaron la candidatura a Labastida e impidieron la disidencia de Madrazo. Con ellos, el partido ganó en capital político, al contrastar su proceso abierto a la ciudadanía con la falta de democracia interna con la que el PRD y el PAN escogieron a sus abanderados presidenciales. El 8 de noviembre de 1999, un día después del experimento democrático, el partido parecía en condiciones de ganar las elecciones del 2000, en cuanto dio muestra, una vez más, de su capacidad de adaptación institucional. De un sistema hegemónico a otro competitivo, fue el tamaño del salto que el PRI pareció exitosamente realizar en 1999. Las diversas encuestas sobre la intención del voto realizadas entonces, daban cuenta de ello.

### **El 2 de julio de 2000**

Pero el 2 de julio el PRI perdió la presidencia. La adaptabilidad del partido resultó insuficiente, entre otras razones, por el desperdicio que el propio Revolucionario Institucional hizo del capital político de sus primarias. Para la opinión pública no fue ajena la manera en que el partido ensombreció su renovación; el “nuevo PRI” parecía morir antes de nacer. Viejos políticos, incrustados de emergencia en la campaña presidencial, y obsoletas estructuras impactaron a los votantes. Incapaz de operar su propio cambio, el PRI naufragó en un entorno donde la debacle perredista y una atinada campaña panista contribuyeron a polarizar las fuerzas a favor del fenómeno Fox. La caída del voto corporativo y el triunfo del voto útil, terminaron por sellar la derrota del priísmo.

La extinta hegemonía del PRI, tuvo entre sus propiedades la peculiaridad de reunir, a la manera de un híbrido, características concurrentes de los partidos únicos y *dominantes*.<sup>29</sup> Las primeras, identificadas con la no competitividad, fueron las que hicieron privar en el partido rasgos

---

<sup>29</sup> T. J. Pempel (compilador), *Democracias diferentes. Los regímenes con un partido dominante*, México, FCE, 1990.

tradicionales que obstruyeron una interdependencia benéfica con el ambiente. Las segundas, relacionadas con la democracia imperante, son las que podrían suscitar en el PRI una mejor adaptación al entorno actual. El PRI, so riesgo de desintegrarse como los partidos comunistas, deberá rescatar las expresiones democráticas que estén a su alcance. Para ello, el partido habrá de transitar antes por un profundo cambio interno.

Ciertamente la pérdida de la presidencia significa la más grande derrota que haya sufrido el PRI, mas no necesariamente su desintegración. Sus posibilidades de sobrevivencia en el sistema competitivo no son nulas si se aprecian los resultados y posiciones que ese partido consiguió en la conformación actual del Poder Legislativo. Su capital político, ciertamente muy mermado, sigue siendo importante.

Los resultados electorales del 2 de julio de 2000, muestran que el PRI obtuvo una votación de 13.58 millones de sufragios, que representaron el 36.1% del total.<sup>30</sup> De tal manera que en términos absolutos, su votación a nivel federal tuvo un incremento de 2.3 millones de sufragios en comparación con la elección previa.<sup>31</sup> El Revolucionario Institucional también ganó la votación presidencial en 11 estados; en otros 20, se ubicó como primera minoría;<sup>32</sup> y se mantuvo como primera opción para senadores en 16 entidades y para diputados en 17.

El voto le valió en la reciente conformación de la Cámara de Diputados, 211 escaños, mientras que en el Senado significó 60 posiciones. Estas cifras lo convierten en la fuerza política más numerosa en

<sup>30</sup> Resultados preliminares, Instituto Federal Electoral.

<sup>31</sup> Federico Berrueto, "Poder repartido", en *Voz y Voto*, núms. 89-90, julio-agosto, 2000, p. 35.

<sup>32</sup> "Con relación a las primeras minorías, se observa un comportamiento bastante homogéneo del PRI que, salvo el caso del Distrito Federal, en todos los estados ganados por otro partido se colocó como primera fuerza opositora. No fue así para el caso del PAN, que solamente en 10 de los 18 estados ganados por el PRI o por el PRD obtuvo la primera minoría, mientras que el PRD se colocó en esa posición en 5 estados". Jorge Alcocer, "Conflicto o cooperación", en *Voz y Voto*, núm. 91, 15 de septiembre de 2000, p. 9.

---

ambas Cámaras, aun cuando esté lejos de ser mayoría. Además, vale la pena recordar que con relación a las legislaturas locales, el PRI controla 59% de ellas y es la fuerza mayoritaria en 65%.

Así, incluso después de perder la presidencia, el PRI parece tener todavía numerosos activos que deben ser considerados al evaluar sus posibilidades de adaptación y recuperación. Pensar que el examen del desempeño del PRI bajo reglas de competencia equitativas, queda resuelto con la pérdida de la presidencia, es una interpretación apresurada de la nueva realidad política del país.

Porque bien pudiera ser que una derrota electoral como la de julio pasado sea la primera fase de un cambio organizativo. La sustitución de la coalición dominante, y la transformación de las reglas internas, de los objetivos y jerarquías, son etapas que aún no concluyen si el PRI es capaz de concretar las fases subsecuentes, ahora que el liderazgo del presidente es cuestionado y que los militantes urgen a una redefinición de sus objetivos.

Perdida la presidencia, el partido perdió a su jefe absoluto. Su orfandad debería ser motivo de una reforma orgánica, donde el gobierno interno del partido corresponda a su propia organización y el dirigente del CEN no sea más el encargado de controlar —para el presidente— los ánimos internos. Tocarían a él, y a la militancia, la conducción autónoma del partido, la reformulación de su línea política, la creación de nuevas reglas de funcionamiento y el diseño de una nueva relación con la sociedad.

La complejidad ambiental no exige menos. Y la adaptabilidad del partido a esta situación no dejará de ser fallida, hasta en tanto el PRI no haya pagado la deuda que tiene consigo mismo: su verdadera refundación.

# ***MODERNIDAD, GLOBALIZACIÓN Y POLÍTICA: ALGUNAS CONSIDERACIONES CON RESPECTO AL IMPACTO DE INTERNET EN LAS RELACIONES ENTRE ESTADO Y SOCIEDAD***

*Rafael de la Garza Talavera*

## **Resumen**

El ensayo pretende establecer algunos parámetros para la discusión acerca del papel de las nuevas tecnologías de información y su impacto en la política. El control del Estado sobre los medios de información ha disminuido. Al acercarnos al problema surgen una serie de cuestiones que hacen dudar de la posible existencia de la relación entre información y democracia. En todo caso, lo importante es empezar a considerar Internet, con todas sus limitaciones, como un factor más en la arena política nacional e internacional.

## **Abstract**

The essay establishes certain parameters for a controversy regarding the role of new information technologies and their impact on politics. The government's control over the media has dwindled. When approaching this problem a series of questions regarding the possible relation between information and democracy arise. In any case, the main point is to start considering Internet, with all its limitations, as an additional factor in the national and international political arena.

La revolución de la informática, enmarcada en el proceso de modernización acelerada que vive el mundo en la actualidad, y su impacto en las